

2) HISTORIA

S. Royer de Cardinal, *Morir en España (Castilla, Baja Edad Media)* (Buenos Aires: Universidad Católica Argentina 1987) 360 pp.

El tema de la muerte o, por mejor decir, el entorno sociológico de que aparece revestida esta experiencia humana radical está siendo objeto preferido de numerosos estudios históricos, sea de modo general, sea circunscribiéndolo a una época, una ciudad, etc. La documentación al respecto es abundantísima, directamente relacionada una y dispersa en fuentes muy variadas otra. En ellas aparecen las formas externas y aun las vivencias íntimas con que la muerte es vista y vivida. A la habilidad del autor corresponde el formular múltiples preguntas y buscar las respuestas que permite la documentación hallada. Elude la autora la intención de situar su obra en las corrientes historiográficas modernas. ¿Historia de las mentalidades? ¿Historia psicológica? ¿Historia social, económica, con ribetes de historia política?

En cualquier caso historia global, con especial dedicación al tema, señalando su línea evolutiva y cotejándola, sea con las diferencias respecto a la Europa transpirenaica, sea con determinados clichés tradicionales que los europeos acuñaron sobre España.

Las fuentes utilizadas en la obra son muy variadas: la legislación civil, la normativa canónica, los testamentos de los archivos notariales, la literatura, la iconografía, referidos a un escenario amplio (Castilla) y a un tiempo dilatado. Manejadas con fino sentido, tales fuentes permiten abordar el tema desde múltiples aspectos, siempre con el propósito de conocer las actitudes de unos hombres frente a la muerte, racionales y codificadas, o irracionales, inconscientes y espontáneas. En Castilla, a lo largo de dos siglos y medio, desde mediados del siglo XIII hasta finales del siglo XV.

El hecho de la muerte ocupa los dos primeros capítulos. La muerte es provocada por calamidades naturales, hambre, pestes, epidemias. La autora otorga páginas especiales a la lepra, así como a los hospitales, el tratamiento médico. Aunque sea difícil establecer estadísticas sólidas, también se ocupa de la edad de la muerte, con atención especial a la elevada mortalidad infantil. A las causas naturales se añadía en la sociedad mediaval la violencia, social e institucional, entendiéndose por esta última el rigor de la pena de muerte.

Los caps. II-III se ocupan de la preparación y de la hora de la muerte. Los testamentos proporcionan amplia información sobre man-

das, elección de sepultura, reconocimiento de deudas, preparación inmediata a la muerte. Los ritos del tránsito (sacramentos, unción) tienen lugar con características propias en la muerte solemne (reyes, nobles) o humilde, en la muerte heroica, o en la muerte resistida (envenenamientos, ejecuciones).

Tres capítulos se consagran a describir el entierro, la sepultura cristiana y el duelo. En el primero se recogen los pormenores de la exposición del cadáver, mortaja, féretro, procesión a la iglesia y costumbres sociales, oficios, ofrendas, comidas funerarias, limosnas. En el segundo se analiza el concepto de sepultura cristiana, los usos de enterramiento en la iglesia, la tipología de las sepulturas, el cementerio, la canonística sobre entierros, así como el significado de la privación de sepultura cristiana. Finalmente, se describen los usos del duelo y el luto, las visitas de pésame, las honras y homenajes.

En un capítulo final se hace un repaso de la lírica castellana de la muerte. De diversos cancioneros, de la danzas de la muerte, de poemas funerarios de diversos autores extrae la autora un abanico de sentimientos y valoraciones humanas y espirituales de la muerte.

La extraordinaria riqueza de documentación, bien tamizada por la autora, permite recomponer un cuadro muy rico de la actitud o vivencia de la muerte en la sociedad castellana bajomedieval. Una de las conclusiones generales de la obra es el mentís dado al cliché convencional y muy difundido de una Castilla lúgubre y de sensibilidad macabra. No se ama la muerte: se la busca, se la desea; como afirma Sánchez Camargo, de los documentos utilizados se desprende el amor por la vida del castellano bajomedieval. La sensibilidad peninsular se adherirá a formas más clásicas y menos barrocas, a mitad de camino entre las tendencias germánica e italiana. Y claro está que toda la fenomenología de la vivencia de la muerte aparece estrechamente unida al mundo de los valores y las creencias, a la fe católica.

El marco espacio-temporal escogido obliga a conclusiones globales y podrá ser completado y matizado por estudios que ganen en intensidad y concreción lo que pierdan en anchura. El camino abierto, tanto en fuentes como en metodología, es válido y podrá inspirar otros estudios análogos que ayuden a dilucidar el talante del castellano ante la muerte.

J. I. Tellechea

G. Sánchez Doncel, *Presencia de España en Orán (1509-1792)*. (Toledo: Estudio Teológico de San Ildefonso 1991) 866 pp.

Se trata de la tesis doctoral que el autor, Sánchez Doncel, defendió, para obtener el título de Doctor en Historia, en la Facultad de Filosofía y Letras de Alicante.

Toda ella es un cúmulo de noticias, sacadas de multitud de documentos, acerca de la presencia española en Orán, desde que en 1509 la conquista el cardenal Cisneros, atendiendo a los deseos que manifestara la reina Isabel en su testamento, hasta el abandono definitivo de esta plaza africana en 1792. Tiene dos partes bien señaladas: la primera, que se refiere a la conquista, ocupación y administración política y militar del territorio oranese, siguiendo uno a uno los reinados de los Austrias y de los Borbones, el gobierno de los capitanes y comandantes generales y dando referencias de la población del territorio, de su vida social y económica, del comercio, la masonería, el ejército, con un puñado de citas que de Orán se hacen en la literatura española. El apartado va de la página 101 a la 440 y es el que ocupa mayor extensión. En él sobresale la narración bien llevada de la primera conquista, así como lo referente a la expulsión de los judíos de Orán.

Comienza el que creemos sea el segundo apartado con una breve relación del primer cristianismo en el Magreb y con la anexión de la recién conquistada Orán a la diócesis de Toledo. De aquí la importancia que tuvo esta provincia para la sede primada de España. Sigue una sucinta relación de los arzobispos toledanos desde que se conquista la ciudad hasta que es abandonada definitivamente. Son noticias generales y ya conocidas; importante, sin embargo, es la transcripción de la visita apostólica que hace a Orán el arzobispo Lorenzana en 1786 (pp. 454-457). Igualmente, es interesante la cuestión planteada sobre un posible primer obispo de Orán, que sería nombrado en tiempos del cardenal Cisneros; así como la descripción de las funciones que tenían los vicarios en el cabildo eclesiástico y los vicarios castrenses. En los capítulos XVI y XVII se hace reseña de los vicarios de Orán (1509-1792), con una sucinta biografía de cada uno de ellos y alguna que otra relación extensa de los más significados, como las de don Antonio Manuel Campoy Morta, don Manuel Fierro, don Bernardino Díez de Carabes, don Alonso Camacho o don Manuel Pérez. Sigue, capítulos XVIII y XIX, la descripción de la iglesia mayor de Orán y de otros templos de la ciudad y de la región, con datos que obran, casi todos ellos, en el Archivo Diocesano de Toledo, indicando las memorias fundadas, las capellanías, imágenes, joyas, cuadros y pinturas, etc. En el capítulo XX se tienen en cuenta las órdenes religiosas establecidas en Orán: de franciscanos, dominicos, mercedarios y órdenes

militares. En breve relación se habla, por último, capítulo XXI, de las conversiones —muy pocas— de musulmanes a la religión católica. Esta segunda parte de la obra va de la página 443 a la 600.

Un apéndice sobre tres notables desterrados: don Pedro Girón, don Luis Colón de Toledo y don Eduardo de Austria, éste último calvinista y masón; y una larga serie de documentos, 78 en total (de página 615 a la 852), con la lista de los capitanes y comandantes generales de Orán, de los arzobispos de Toledo y de los vicarios eclesiásticos oraneses, cierran esta voluminosa obra, en la que se mezcla lo nuevo con lo conocido, se observa el afán y el trabajo del investigador y se ofrecen verdaderas novedades, en estilo algo repetitivo y demasiado pegado, a veces, al que se acostumbra en las tesis doctorales.

Sólo un pequeño detalle. En la página 35 se reseñan tres tratados que se firman entre España y algunos países del Magreb, que hacen referencia a Orán: uno en 1545 y los siguientes en 1786 y 1791; y en la 173 se habla de otro tratado firmado en 1517, renovado en 1520 y en 1533 con el embajador Abu Abdala. Se hace referencia al Archivo Histórico Nacional de Madrid en los primeros; y para el de 1517 se toma la noticia de un autor, M. Nieto Cumplido, difícil de localizar en las citas que vienen a lo largo de la obra. Por un documento que se conserva en el Archivo General de Indias, de Sevilla (*Consejo Real*, leg. 61), sabemos que hubo un tratado de paz, celebrado, de una parte y en nombre de la corona, por don Pedro Godoy y por don Vasco de Quiroga, el cual se haría famoso después entre los indios tarascos de Michoacán, México, y de otra, por los embajadores del rey de Tremecén. El tratado se firma en Orán el 12 de agosto de 1526. Para la historia de la presencia española en Orán, puede que interese la referencia.

Francisco Martín

F. Martín Hernández, D. Vasco de Quiroga, protector de indios (Salamanca: Universidad Pontificia 1993) 340 pp.

Tata Vasco, o don Vasco de Quiroga, es después de cuatro siglos una figura entrañada y venerada por los mexicanos, por los hombres cultos (S. Zavala) o por el pueblo llano. En Santa Fe, en la capital de la nación, sigue la iglesia que él fundara con un hospital y un monumento recuerda su memoria. D. Francisco Martín Hernández, catedrático de Historia de la Iglesia en la Pontificia Universidad de Salamanca, ha logrado componer una monografía en que presenta la gran figura histórica de este obispo ejemplar. Bien documentado en archivos y bibliografía pertinentes nos va ofreciendo los pasos de su vida desde su nacimiento en Madrigal de las Altas Torres, su llamada a

las Indias, su intervención en el arreglo de la Audiencia de México y sus excesos, sus informes al Consejo de Indias. Aunque queda marcado para la historia en su condición de obispo, el rasgo sobresaliente de su biografía es el de su proyección inicial como seglar cristiano, en la fundación del pueblo y hospital de Santa Fe y más tarde de Santa Fe de la Laguna, en Michoacán. La gran proyección social de sus iniciativas, fundando poblados de indios purépechas con sus hospitales y su trabajo manual, es todavía hoy recordada por el rastro duradero que ha dejado en sus habitantes y que dura hasta hoy día. Por ello mereció el honroso título de «protector de indios», aun antes de ser obispo.

Lo fue, en efecto, de Michoacán. El autor analiza sus actividades pastorales, dignas de un obispo ideal del siglo de la Reforma, y expone la metodología de su misión. Entre sus iniciativas se cuenta la fundación del Colegio de San Nicolás. Moría en 1565 dejando una ancha herencia de pueblos-hospitales, para los que dio Reglas y Ordenanzas. El texto de su testamento, incorporado a este libro, es un exponente muy limpio de los afanes misioneros de su vida. Sus restos quedaron en su iglesia de Pázcuaru. Cuando la sede se trasladó a Valladolid —hoy Morelia— quisieron llevar sus restos, mas sus indios se opusieron al intento con todo empeño, y siguen en Pázcuaru en un sencillo mausoleo, detrás del altar mayor de Nuestra Señora de la Salud.

Vasco de Quiroga es una figura que merece ser conocida y destacada. La basílica de Pázcuaru recuerda en una lápida la gloria del madrigalense: «Gloria y honor, Tata Vasco, son para ti. Con tu corazón diste fe, diste amor a mi patria, y este Michoacán es testigo que fuiste ternura y gran bondad» ...La biografía de Martín Hernández, bien construida y de fácil lectura, contribuirá a mantener el buen nombre y la ejemplaridad del obispo Vasco de Quiroga.

J. I. Tellechea Idígoras

J. I. Saranyana, *Teología profética americana. Diez estudios sobre la evangelización fundante*. (Pamplona: Ediciones Universidad de Navarra 1991) 271 pp.

Como leemos en la contrasolapa, en este libro se recogen diez trabajos que el autor, profesor de Historia de la Teología en la Universidad de Navarra, ha publicado a lo largo de los últimos cuatro años. Han sido corregidos ligeramente y ampliados con nuevas referencias bibliográficas.

A pesar de su diversa aparición, los trabajos tienen una unidad temática, que se recoge en el título de esta publicación: *Teología pro-*

fética americana, es decir, sobre la teología subyacente a las primeras empresas apostólicas del Nuevo Mundo. En tres partes se divide la obra («Los presupuestos doctrinales de la evangelización fundante», «Teología profética novohispana» y «Primeros pasos de la evangelización en Sudamérica»), que comprenden nueve capítulos. El epílogo analiza la posibilidad de una filosofía y teología genuinamente latino-americana.

Son importantes algunas de las conclusiones a las que llega el autor. Por ejemplo, el rechazo que hace, contra lo que algunos han afirmado, de la contraposición que pudiera haber habido entre la teología profética y la teología académica en el período que va desde la primera hora de la evangelización hasta los Concilios de Lima y de México (1582-1585); y de una pretendida polémica eclesiológica entre la pastoral misionera y la jerarquía eclesiástica. Concluye, pues, que no hubo oposición entre carisma e institución, a pesar de las discrepancias que hubieran existido, y de hecho existieron, en el modo de misionar.

De todos los capítulos, los que pueden dar lugar a discusión son los tres primeros, donde se aborda el tema «desde sus perspectiva más especulativa» y en los que —como se añade en el lugar citado— se «pretende salir al paso de recientes mixtificaciones historiográficas». En ellos se habla y se trata de mediar entre posiciones extremas de interpretación de la primera misión americana. Es decir, entre los partidarios de una posible influencia de ideas joaquimistas, milenaristas y de utopía cristiana, y los que creen que ya desde la primera hora se encuentran contenidos de la Teología de la liberación, fuera ésta profética o implícita, o bien explícita-académica. Se habla de Las Casas y de Motolinía, de la polémica sobre los modelos historiográficos y la vuelta a los orígenes; de la teología profética *versus* teología académica.

Los que siguen parecen más descriptivos: la primera catequesis americana, los cristianos novohispanos ante la muerte, la entidad sacerdotal en tiempos de Zumárraga, la vida religiosa cotidiana, los inicios de la catequesis en Santa Fe, los fenómenos de religión yunta-puesta en el incario.

La publicación de todos estos estudios es una magnífica aportación entre tantas que se publicaron con motivo del V Centenario del Descubrimiento y Evengelización de América. Incide en temas que durante estos años se han venido discutiendo y da pistas para su interpretación y nuevo conocimiento.

Francisco Martín

I. Zuñiga (ed.), *La Orden de la Merced. Espíritu y Vida*. II. *La Orden de la Merced en Centroamérica*. Biblioteca Mercedaria I-II (Roma: Instituto Histórico de la Orden de la Merced 1986-1989) 484 y 581 pp.

Aunque presentados en el mismo formato y colección y siempre dentro de la Orden de la Merced, los dos libros son claramente distintos. El primero es propiamente una historia de la Orden y de su vida y espiritualidad a través de la historia. Es obra de colaboradores, cuyo nombre no aparece en la publicación. «Pareció prudente —se indica en la Presentación— el no confiar a un solo autor la redacción de todo el libro, para no correr el riesgo de interpretaciones parciales, unilaterales o subjetivas». Es obra, pues, concienzuda, en la que se maneja la documentación y la bibliografía más fundamental que se ha dedicado a la Orden y a su espiritualidad, las cuales se reseñan en la Bibliografía General y en la que corresponde a cada uno de los apartados. «En la Iglesia y con la Iglesia» se titula la primera parte, donde se insiste primordialmente en la vida, obra y personalidad de San Pedro Nolasco; la segunda: «Fuentes y características de la espiritualidad mercedaria»; y la tercera: «Espíritu y vida del quehacer mercedario», y en la que se hace, además, un recuento de las múltiples ramas femeninas de la Orden. Da la impresión de que las conclusiones a que llegan los autores de este volumen son satisfactorias y concordantes, lo que no quita que queden, todavía, aspectos problemáticos por estudiar.

El segundo volumen, aunque distinto, puede ser complemento del primero, pero sólo en lo referente a América. Tiene un único autor, el P. Ignacio Zuñiga, como consta en la portada interior del libro. El orden que se sigue es parecido al que suele usarse en esta clase de publicaciones. Después de hablar del P. Bartolomé de Olmedo, capellán y consejero de Hernán Cortés, se trata en la primera parte de la «Erección de los conventos»; en la segunda, de la «Labor misionera de la Provincia de Ntra. Sra. de la Presentación de Guatemala»; en la tercera de «¿Muerte definitiva?»; y en la cuarta, finalmente, de «¡Regreso y Restauración!». Hay siete largos Apéndices (pp. 465-561), en los cuales se transcriben documentos de interés; y un rico Índice alfabético de personas y lugares. Unas cuantas láminas, en blanco y negro y en color, enriquecen la publicación.

Es una obra eminentemente documental y descriptiva, a la que en adelante será necesario recurrir siempre que se quiera conocer o citar la obra misionera que la orden de la Merced hizo en América.

Francisco Martín

Agustinos en América y Filipinas. Actas del Congreso Internacional. Valladolid 16-21 de abril de 1990. Edición dirigida por Isacio Rodríguez Rodríguez, O.S.A., 2 vols. (Zamora: Editorial Montecasino, 1990) 572 y 1150 pp. respectivamente, con 4 láminas el 1.º

Es una de las publicaciones, verdaderamente monumentales, que se han dado a conocer en estos últimos años en torno al V Centenario del Descubrimiento, Colonización y Evangelización de América, y que de ordinario se presentan como resultado de sendos Congresos celebrados anteriormente. Se trata ahora del Congreso que se tuvo en Valladolid en abril de 1990 sobre los «Agustinos en América y Filipinas», en el que, después de las palabras de Apertura y del discurso inaugural del Prof. Demetrio Ramos, se recogen cuarenta y seis ponencias y comunicaciones, que vienen publicadas en los dos volúmenes que presentamos.

Dar cuenta de todas y cada una de ellas estaría fuera de lugar; hablar de los autores y de la importancia de sus intervenciones podía dar lugar a suspicacias y a algún que otro desaguisado. Me limito a sugerir algunas de las materias tratadas, bien por la originalidad que presentan, bien por la importancia que pudieran seguir teniendo para nosotros.

En comparación con las demás Ordenes religiosas que llegaron para misionar en América, es interesante ver los métodos misionales que utilizaron los agustinos en México, teniendo en cuenta las relaciones que dejaron de ellos los cronistas de la Orden, especialmente los padres Grijalva y Besalenque. Grijalva habla del entonces oidor de la Segunda Audiencia de México, don Vasco de Quiroga, quien favoreció con su propia ayuda las primeras experiencias misioneras de los agustinos en el poblado de Santa Fe. Unase el estudio que en otras ponencias se hace de los crónicas agustinianas del Perú y del desarrollo de sus misiones en estas tierras y en las de Nueva Granada; de los catecismos americanos de religiosos agustinos, de los orígenes de las misiones agustinianas en China a partir de Macao, etc.

En el orden intelectual interesa seguir de cerca, como se hace en otras ponencias, el pensamiento de agustinos ilustres del Perú en los primeros siglos de la evangelización, la influencia del celebre padre Alonso de Veracruz en la recién fundada Universidad de México, los agustinos y la cultura universitaria en América, la labor científica y las doctrinas teológicas que mantuvieron algunos agustinos en América, etc.

Si pasamos al aspecto ético-jurídico e institucional, merecen la atención las ideas que se vierten sobre los agustinos criollos en México, con sus luchas y competencias; sobre los agustinos en la Audien-

cia de Quito, lo que éstos trabajaron para dar base a una ética colonial, la presencia que tuvieron en la jerarquía de la Iglesia americana, su relación con los poderes públicos: el Real Patronato, los virreyes y gobernadores; sobre la lucha que mantuvieron por la justicia y libertad de los indios filipinos...

En el campo del arte y de la literatura, viene bien repasar lo que en estas ponencias se refiere acerca de la espiritualidad agustiniana en el siglo XVI, el arte agustiniano en América, la modalidad artística de los conventos que iban levantando, cuadros y pinturas, patrimonios artísticos, etc. Otras materias se tratan en estas ponencias y comunicaciones, que, como digo, sería largo reseñar. El Congreso termina con una reflexión sobre el presente y el futuro de la evangelización en América Latina. Unos excelentes índices de personas, lugares y cosas, ayuda al manejo y a la utilización del rico material que se recoge en los dos volúmenes.

Francisco Martín

B. Velasco Bayón, *Historia del Carmelo español. II. Provincias de Cataluña y Aragón y Valencia, 1563-1835*. Textus et studia Historica Carmelitana, XVIII (Roma: Institutum Carmelitanum 1992) 679 pp., 66 láminas.

El autor aborda en este segundo volumen de la *Historia del Carmelo español* el estudio de los asentamientos carmelitanos de Cataluña, Baleares, Aragón, Navarra y Valencia desde 1563, cuando termina el Concilio de Trento, hasta los años de desamortizaciones y exclausuraciones españolas de la primera mitad del siglo XIX. Como en el primero, es de señalar el rigor histórico con el que se confecciona la obra, sobre todo por el manejo de las fuentes documentales, poco conocidas hasta ahora, así como de la abundante bibliografía, cuyos títulos y reseña llenan treinta y siete páginas del libro (de la 14 a la 51). Es un intento, creemos que bien logrado, de reconstruir por primera vez la historia general del Carmelo español, con un trabajo completo y exhaustivo. Obra de síntesis y de análisis, en la cual se va dando cuenta de lo que la Orden carmelitana vino realizando en España en unos años que fueron de grandeza y de esfuerzos y trabajos a la vez.

Si en el primer volumen se narra la historia del Carmelo en una visión de conjunto, sin parcelaciones de provincias o regiones determinadas, ahora se opta por un tratamiento distinto. Piensa el autor que cada una de las provincias que se formaron ya a finales del siglo XV, siguieron su propia andadura, por lo que tienen unas connotaciones particulares dignas de ser estudiadas. A esto se une la documenta-

ción siempre más abundosa que todas ellas ofrecen, lo que obliga, todavía más, a su estudio minucioso y pormenorizado.

Unas y otras ofrecen, pues, sus propias particularidades. En la primera parte del volumen se hace relación de la provincia de Cataluña, que durante algunos años padece también los efectos de las guerras y revueltas a las que estuvo sometida esta región. Fueron demolidos algunos edificios de la Orden y en ocasiones llegó a perturbarse la paz conventual. Pero tanto aquí como en los conventos de las Baleares se sigue adelante con la reforma tridentina, con las nuevas fundaciones, la vida religiosa y cultural, el arte y la economía...; hay más fundaciones de conventos de monjas de clausura, y en los estudios y el apostolado sobresalen hombres eminentes y prestigiosos.

Trayectoria parecida siguen los conventos de la provincia de Aragón y Valencia. El autor va reseñando uno a uno los adelantos y retrocesos, las obras de apostolado que se llevan a cabo, los carmelitas que sobresalen en las universidades de Valencia, Huesca y Zaragoza, con biografías de buena parte de ellos..., y abundantes citas de documentos y autores de la Orden y fuera de ella.

El índice de nombres es enriquecedor; igualmente, las láminas que acompañan a la edición. Esperamos que el estudio de la obra carmelitana en nuestra patria llegue más adelante. Como se ha indicado, el volumen termina en 1835, infausta fecha de exclaustaciones y desamortizaciones.

En el volumen se estudian, dentro del período que va de 1563 al citado año de 1835, las provincias carmelitanas de Cataluña y Aragón. Igualmente, esperamos que en nuevo estudio posterior se hable de las demás provincias del resto de España. Sería la culminación de esta monumental obra de la historiografía carmelitana.

Francisco Martín

P. Riquelme Oliva, *Iglesia y Liberalismo. Los Franciscanos en el Reino de Murcia (1768-1840)*. Publicaciones Instituto Teológico Franciscano de Murcia. Serie Mayor-9 (Murcia: Editorial Espigas 1993) XVIII + 601 pp., con 5 láminas.

—, *La Murcia franciscana en América*. Publicaciones Instituto Teológico Franciscano. Serie Menor-7 (Murcia: Editorial Espigas 1993) XXXIII + 234 pp.

De Pedro Riquelme Oliva, franciscano de Murcia, presentamos estas recientes publicaciones: una, de investigación a nivel general; y otra a nivel monográfico, aunque, como la primera, fundamentada también en documentos y fuentes de primera mano.

En la primera, de entrada se tuvo que ver el autor —como indica en el Prólogo el Dr. Manuel Revuelta— con la seria dificultad de encajar la historia o visión de los franciscanos en el Reino de Murcia desde el año 1768 al 1840, con los sucesos político-eclesiales que se desarrollan precisamente en estos años, primero de revolución y de reacción y luego de exclaustación definitiva. Sinceramente, creemos que lo ha logrado cumplidamente.

De cuatro partes se compone la obra. En la primera se trata de la situación general de los franciscanos en el reino de Murcia (geografía y demografía de los franciscanos, gobierno y actividad, observancia e ilustración, claves para la reforma franciscana en Murcia); en la segunda, de la primera crisis y reorganización (1808-1820) (La guerra de la Independencia y la Iglesia murciana, la «frailada» murciana, la desbandada conventual, la política sobre regulares a la vuelta del destierro, primera restauración y reorganización, intervención en materia educativa); en la tercera se hace un amplio estudio sobre la crisis del Trienio Constitucional y la segunda Restauración en el contexto nacional y provincial de Murcia y de los franciscanos (marco legislativo, reformas, secularizaciones, nueva restauración); y finalmente, se trata en la cuarta parte de la exclaustación y vicisitudes de los franciscanos en la citada provincia (1835-1840) (trayectoria de la supresión del franciscanismo en Murcia, vicisitudes de los exclaustados con un listado de gran valor documental, compra-venta y destino actual de los conventos). Sigue el capítulo de conclusiones, un apéndice en el que se recogen ocho documentos inéditos de gran interés para la historia franciscana, la relación de Fuentes (manuscritas e impresas) y Bibliografía, mapas e ilustraciones, y el índice analítico.

Toda la obra es un capítulo vivo y palpitante de esa «subhistoria» de la Iglesia española, que no suele tenerse en cuenta en las historias generales y más aún cuando se habla de esta época de crisis, secularizaciones, exclaustaciones y hasta desbandada de buena parte de la clerecía. El tema de los religiosos de ordinario queda relegado a la mera reseña o a la pura anécdota de unos actos represivos que el Estado, llamado liberal, vino cometiendo contra los clérigos y religiosos españoles desde finales de la guerra de la Independencia hasta la desamortización y la consiguiente exclaustación de buena parte de ellos. La trayectoria de cada institución u orden religiosa siguió, sin embargo, su propio ritmo de vida, con las luces y sombras de todo estamento humano y comunitario. De los franciscanos, es una muestra excelente la que nos ofrece el autor de esta obra, apoyándose en documentación de primera mano.

Entre otros, es ilustrativo el capítulo tercero de la primera parte, en el que, partiendo de la Observancia y de la Ilustración, se dan claves para entender la reforma que se lleva a cabo entre los franciscanos

de la provincia de Murcia, mirando, sobre todo, a la formación que en el orden moral e intelectual habían de recibir los religiosos. Digo ilustrativo, porque pocas veces se ha tratado a fondo este tema, aún referente a otras órdenes e instituciones religiosas, habida cuenta de la impresión que suele dar esta época, para el aspecto religioso, de conservadurismo y de espíritu generalmente reaccionario. Precisamente, en la Murcia de finales del siglo XVIII y primeras décadas del XIX había un gran movimiento de ideas, dentro del mismo seminario diocesano, que a algunos, por seguir la línea de la Ilustración, les parecían demasiado innovadoras y hasta peligrosas. A este ambiente de reforma y de inquietudes doctrinales no fueron ajenos los centros de estudios conventuales, como lo expone el autor en la exposición que hace del Plan de Estudios de los mismos franciscanos.

Con la misma seriedad metódica y documental sigue tratando los demás temas. No es el de los franciscanos un coto cerrado donde se dan unos hechos —persecución, desamortización y exclaustaciones—, que se resuelven entre ellos mismos y en unas parcelas del territorio nacional. Acierto del autor, a mi parecer, ha sido enmarcar el proceso, en el cual se ven envueltos los franciscanos de Murcia, dentro de la problemática que origina los grandes acontecimientos, en los que quedan implicados, durante esta época, tanto la Iglesia como el Estado. A través del estudio sobre los franciscanos de Murcia se confirman hechos históricos generales y ya conocidos mediante la concreción de historias particulares; se iluminan otros aspectos históricos que eran conocidos de forma confusa, y se ofrecen, en base de nueva documentación, importantes aportaciones a la historia nacional, regional y local. Esto justifica el título primero de la obra: *Iglesia y Liberalismo*, que de no fijarse uno en el que sigue a continuación, podía dar lugar a algún que otro despiste.

Huelga seguir describiendo, uno a uno, los siguientes capítulos. Para un mejor conocimiento del franciscanismo en este momento histórico, para el de Murcia, el de la misma España y no digamos de la Iglesia española durante estos traumáticos siglos, el libro del P. Riquelme sin duda que servirá de excelente ayuda.

La segunda obra que presentamos del mismo autor está en línea de las que, sobre la presencia de las órdenes religiosas en el Nuevo Mundo, se han presentado con motivo del V Centenario del Descubrimiento y Evangelización de América. La obra, aunque con cierto estilo monográfico, es densa de contenido. Se presenta en siete apretados capítulos, con cuatro apéndices documentales. No se reduce, como en otras publicaciones de este estilo, a los primeros siglos de la evangelización americana, sino que llega hasta nuestros días, siempre con la laboriosa solicitud de investigador del P. Riquelme.

Como su mismo título indica se trata de los franciscanos que de la provincia de Murcia pasan a América. No se habla, pues, de todo el historial franciscano en aquellas tierras, sino que el estudio se circunscribe a la institución provincial franciscana de Cartagena a partir de 1531, con el envío ocasional de sus religiosos y, sobre todo, desde 1922, en que asume jurídica y misionalmente esta parcela geográfica, anteriormente confiada a las Provincias franciscanas de Stmo. Nombre de Jesús Guatemala y de San Jorge de Nicaragua, que ocupaban la gran parte de las cinco Repúblicas centroamericanas. Con anterioridad, franciscanos provenientes del llamado franciscanismo murciano-cartaginense, afiliados a otras entidades franciscanas españolas, trabajaron con los demás en América. Este contingente es el que, en tiempos y espacios diferentes, dará vida al «dinamismo histórico-geográfico del franciscanismo murciano» en América durante siglos, en expresión del mismo autor.

Como en capítulo introductorio se habla de la primera presencia franciscana en América, utilizando noticias en parte conocidas. Pero donde, al parecer, se ofrecen nuevas pistas de investigación es a partir del apartado «Presencia misionera de la Provincia de Cartagena en América desde su exclaustración (1836) a los inicios de su restauración (1878-1922)» (p.18). Pegado siempre al documento, al dato y a la estadística, el P. Riquelme sigue paso a paso la labor de los franciscanos murcianos en Centroamérica: procesos revolucionarios que se dan en estos países y que afectan también a los franciscanos, años de reorganización en orden de gobierno y administración de la provincia, actividades, misioneros y casas en Centroamérica, desarrollo de la conciencia indígena y federación de custodias, criterios para la unificación del franciscanismo centroamericano, creación de la vicaría centroamericana de Ntra. Sra. de Guadalupe, hechos posteriores. En los cuatro apéndices adicionales se hace reseña de los misioneros franciscanos-murcianos que emigran a América de 1529 a 1877, de los que pertenecieron a la custodia de Guatemala, de la creación en ella de conventos y de sus respectivos custodios, todos ellos con numerosas citas aclaratorias.

Francisco Martín

J. M. Magaz Fernández, *La Unión Católica (1881-1885)*. Publicaciones del Instituto Español de Historia Eclesiástica. Monografías, 32 (Roma: Iglesia Nacional Española 1990) 412 pp.

En estos últimos años se repiten estudios y publicaciones (Andrés Gallego, M. Revuelta, Cárcel Ortí, Cuenca Toribio, Sanz de Diego y

otros) sobre este período tan sugestivo como poco conocido de nuestra historiografía nacional. Época de tensiones, de divisiones internas y de luchas partidistas entre los católicos españoles, que lo mejor que hubieran hecho era cerrar filas frente a la fuerte oposición que les presentaban los progresistas y liberales. Refiriéndose a este período y a la situación de estos católicos, la cual continuaba todavía a finales de siglo, en el primer Congreso católico que se celebró en Madrid en 1889, Menéndez Pelayo repudiaba las «estúpidas cuestiones que sostienen los católicos españoles» y los incitaba a hacer una labor común en beneficio de la Iglesia.

Es en este contexto en el que debe hacerse la lectura de la obra que presentamos. Se trata de una tesis doctoral, y en ella se pretende señalar el lugar que ocupa la Unión Católica española en el marco de los restantes grupos confesionales de la Restauración borbónica de 1875. Se jugaban entonces intereses particulares con la ilusión, unos y otros, de lograr un proyecto político-religioso que colaborara con el Estado. De una parte estaban los planteamientos más políticos de los seglares que lo dirigían; de otra, los deseos más religiosos de los obispos que lo animaron. Se entrecruzan opiniones de una y otra tendencia, se entabla la polémica, intervienen los obispos y se adoptan posturas a veces contradictorias frente a un Gobierno que, a pesar de todo, sigue siendo confesionalmente católico.

Uno a uno van saliendo en la obra todos estos aspectos. Obra descriptiva en la que se llega a conclusiones que de alguna manera esclarecen la confusa situación en que se encontraban los católicos españoles y la misma jerarquía. Ante las divisiones internas, sólo quedaba, al parecer, una salida —como ya lo indica el autor— para su participación política en el gobierno de la nación: «la colaboración con el partido liberal conservador».

El primer capítulo sirve como de introducción. De mayor contenido histórico-dogmático es el segundo, en el que queda clarificado el origen y la razón de ser de la Unión Católica. El de las peregrinaciones a Roma sirve como puesto de observación para seguir de cerca el tejer y destejer que se traen los unionistas y los integristas. Importante es lo que se dice, capítulo cuarto, de la situación en que queda la Unión católica ante la intervención del Pontífice y de los obispos españoles, lo cual lleva a la triste realidad de la división de los católicos.

Es de reconocer la labor de Magaz Fernández, por el manejo que hace de la documentación, especialmente de las publicaciones periódicas.

Francisco Martín

J. L. González Novalín - L. Rubio Morán - R. Echarren Istúriz - V. Cárcel Ortí, *Estudios, seminarios y pastoral en un siglo de Historia de la Iglesia en España (1892-1992)* (Roma: Pontificio Colegio Español de San José 1992) 278 pp.

El Pontificio Colegio Español de San José en Roma ha tenido el acierto, con motivo de la celebración de su centenario, de ahondar en la significación del acontecimiento de cara a la Iglesia de España mediante un ciclo de conferencias que abordan el tema desde diversos ángulos. En más de un caso, lo que inicialmente fuera conferencia constituye un verdadero trabajo de investigación de notable importancia.

D. J. Luis González Novalín trata sintéticamente, bajo el título «Cien años de estudios eclesiásticos en España», la evolución seguida en este campo desde la *Aeterni Patris* de León XIII hasta el período aún inconcluso regido por la *Sapientia christiana*, con el hito de la *Deus scientiarum Dominus* de Pío XI como punto intermedio. Dentro de tal marco, son sus sombras y luces, se inscribe la fundación del Colegio Español de Roma, hogar de muchas generaciones de estudiantes españoles que han ayudado a la regeneración de las ciencias eclesiásticas en España. Dentro de su concisión, expone en amplio abanico los frutos más sobresalientes de tal centro a lo largo de un siglo.

Luis Rubio Morán presenta el estudio más amplio y cabal sobre «Cien años de seminarios en España». Con muy amplia documentación va presentando la trayectoria y herencias pedagógicas de todo un siglo, sin miedo a reconocer carencias y decadencias y a describir un lento y penoso proceso de mejora. La guerra civil, a medio camino, interrumpe los cincuenta años «para una reforma no plenamente conseguida» para dar paso a otro medio siglo, que lo define como «una adecuación todavía en curso (1940-90)». Este período comprende las décadas prodigiosas (1940-65), el decenio crítico (1965-75) y la actual etapa entre la restauración y la renovación. Es un trabajo rico en información, matices y sugerencias, en que se analiza un fenómeno de singular importancia.

D. Ramón Echarren presenta «Cien años de pastoral sacerdotal en España, antes y después del Concilio». En cuarenta páginas ofrece un abanico de impresiones, susceptible de ser completado y rectificado en algunos aspectos. Mientras el historiador Vicente Cárcel Ortí aporta una investigación con inclusión documental muy importante y no pocas veces desconocida, tanto sobre la fundación del Colegio, la actitud del episcopado, la inserción de aquél en el concreto ambiente romano (especialmente en la Universidad Gregoriana), la suerte de las Facultades españolas hasta la guerra civil, etc.

En resumen, podemos considerar que más que una historia del Colegio, el libro versa sobre el marco histórico en que se desenvuelve la vida de éste dentro de una perspectiva ya secular que permite calibrar sus ondulaciones y avatares.

J. I. Tellechea

C. Gil, *Don Fernando Quiroga. El Cardenal de Galicia* (Madrid: Sociedad de Educación Atenas 1993) 558 pp.

Los personajes históricos coetáneos, conocidos y familiares desde sus solas horas cimeras, los vinculamos a su postrera imagen pública, desconociendo el iter desarrollado a lo largo de una vida. Se suele calcular la edad de algunos árboles por los círculos concéntricos que hallamos en su tronco: ellos nos van desvelando la entraña de su figura y fronda, el alcance de su perduración.

El autor de este libro nos presenta una figura de relieve de la Iglesia española de nuestro siglo, de resonancia mayor a raíz de su arzobispado compostelano y su púrpura cardenalicia. Es un libro escrito con mucho amor y veneración; detrás de quien lo firma se adivina la presencia y al auxilio de su hermano, muchos años secretario y familiar del cardenal, que, sin duda, habrá facilitado mucho en trabajo proporcionando documentos, repertorios episódicos y ese conocimiento íntimo, más veraz, que sólo un largo contacto personal puede originar. El autor, D. Cesáreo Gil, se ha documentado no sólo con papeles de archivo, sino con abundantes testimonios personales rescatados del olvido y del anonimato, que suelen tener tanto valor impresionista y personal como los fríos documentos.

El iter de D. Fernando Quiroga, a quien tuve la suerte de conocer en una ocasión para él y para mí memorable, puede ser el de otros hombres de Iglesia por muchos conceptos. Hijo de un guardia civil, avezado a la austeridad y a la disciplina, seminarista, sacerdote, coadjutor de un pueblecillo, doctor en Teología por Santiago y licenciado en Sagrada Escritura por el Instituto Bíblico de Roma, inicia una trayectoria sacerdotal rica y fecunda, de alto valor pastoral. Puedo certificar un extremo suficientemente recalcado en la obra: yo supe de sus labios que «todo lo debía —son sus palabras de hombre agradecido— al canónigo de Orense D. Juan Labayen, navarro originario de Ituren, pueblo nativo de mi padre». Tal apreciación personal se debía a que el tal canónigo se empeñó vivamente en que hiciese sus estudios romanos; y a este hecho, coronado por el éxito, atribuía él todas las venturas del desarrollo ulterior de su vida. En efecto, tales estudios le llevaron a ser profesor y canónigo de Valladolid, donde también desplegaría actividad sacerdotal como director espiritual, consiliario de

A.C., formador de religiosas, predicador, asesor de la Hermandad de ferroviarios, en la que le sucedería el actual cardenal primado.

De tal actividad saltaría a la diócesis de Mondoñedo y luego a la archidiócesis de Compostela. La obra adquiere en este doble período episcopal mayor envergadura y documentación, dándonos el perfil madura de un hombre que gastaría sus fuerzas en casi treinta años de obispo. En una y otra diócesis muestra meridianamente cuáles eran sus propósitos, su estilo, las ideas y fuerzas de su espíritu. Su preocupación por los sacerdotes, por una pastoral participada, las misiones populares, sus devociones fundamentales, aparecen en la obra destacadas con fuerza. Más tiempo y más hondura apreciamos en su paso por la archidiócesis compostelana con múltiples iniciativas, como fueron el Seminario, La Casa de Ejercicios, las Asambleas comarcales, el Convictorio sacerdotal, las Asambleas de Arciprestes, el Consejo Presbiteral, la Casa Sacerdotal Diocesana, la aceptación de nuevos institutos religiosos, la catequesis, la devoción santiaguista, las variadas manifestaciones de caridad. La personalidad del cardenal Quiroga no se agota en el servicio a las diócesis sucesivas, sino que se desborda fuera de las mismas. Sus correrías por Galicia, la versión de la Liturgia al gallego, la preparación del Concilio Pastoral de Galicia, la asistencia a diversos Congresos; los trabajos en la Conferencia Metropolitana, su Presidencia de diversas Comisiones episcopales y, sobre todo, su Presidencia de la Conferencia episcopal española implican espacios de actuación en que su persona vuelca su talante conciliador y positivo, en el marco de años especialmente difíciles por la crisis de la Acción Católica, los movimientos contestatarios del clero, el episodio de la Asamblea conjunta y otros capítulos.

La obra pertenece más bien al género de crónica, riquísima en detalles y matices, mas incorpora al relato numerosos testimonios personales y no pocos documentos escritos. Escrita con llaneza y simpatía nos presenta una vida fecunda y generosa, animada por una innata bondad. Posiblemente otro autor hubiera redactado una biografía más acorde con cánones científicos, más crítica y fría, y hasta más profunda. Con todo, se lee con gusto. Resulta ejemplar una vida enteramente gastada al servicio de la Iglesia, lo que implica un servicio a Cristo y a los hermanos en tareas sacerdotales y episcopales.

J. I. Tellechea